

do, al mismo tiempo que interiormente nuestro corazon se opone á nuestras decisiones; solamente nos valemos de la verdad que se nos manifiesta, para retenerla con injusticia; casi siempre estamos haciendo traycion á nuestra conciencia, y á nuestro interior conocimiento; nos dexamos llevar de la multitud, no nos atrevemos á defenderla solos, tememos la singularidad de la virtud y de la verdad, como una cosa ridicula que nos cubriera de verguenza; toda nuestra vida es un continuo ultrage á la verdad, unas veces por condescender con nuestros superiores, otras por conformarnos con nuestros amigos, otras por temor de las burlas y censuras, otras por una vana indiferencia que hace no hagamos mas caso de la verdad que de la mentira, otras por una embriaguez y mala fé que procura deslumbrarse en sus desordenes, publicando unas máximas que interiormente estamos condenando; otras por una falsa virtud de sociedad, que mas quiere aplaudir la mentira que defender la verdad que incomoda; otras porque hallamos un genero de gusto en hablar como aquellos á quienes aplaude el mundo: finalmente, casi siempre nos declaramos á favor del mundo contra Jesu-Christo; en vez de ser testigos fieles entre los hombres, nos juntamos con ellos contra su Magestad, alabamos como virtudes en nuestros amigos los defectos que condena la ley de Dios, adherimos, á sus errores, y los ayudamos á que se hagan mas inexcusables, damos á sus pasiones los nombres de justicia y equidad, llamamos á sus venganzas sentimientos justos, á sus pecaminosas conexiones señales y efectos de un corazon tierno y fiel, á sus infames desordenes flaquezas dignas de perdon, á sus insensatas profusiones inclinaciones de una alma noble y generosa, á su desmesurada ambicion grandeza de corazon y de ánimo, á su vil avaricia prudente economía, á su cruel murmuracion agrable viveza, y al furor del juego de que están poseídos descanso necesario: en una palabra: rara vez

vez sucede que defendamos los intereses de la verdad; somos furiosos, altivos é intratables quando se habla contra nuestras pasiones; pero cobardes, tímidos y viles quando solamente se trata de la verdad; no conocemos aquel santo valor, aquella rectitud de corazon, aquella alta magnanimidad, aquella noble sencillez, tan respetada aun en el mundo, de que tan grandes exemplos nos han dexado los primeros discipulos de la fé, y que ha sido siempre el distintivo de las almas fieles; vivimos para los hombres, y no vivimos para Dios, ni para nosotros mismos; consagramos á los hombres nuestra conciencia, nuestra religion, nuestro genio, nuestras prendas, nuestro entendimiento y nuestro corazon; los hombres son el fin de todas nuestras ideas, y el motivo de todas nuestras acciones, como si pudieran servirnos de premio y recompensa; lo que no hacemos por ellos lo contamos por perdido, como si solamente fuera real y verdadero lo que ha de perecer con nosotros; y despues de haber pasado muchos años en este metodo de vida, nos hallamos á la hora de nuestra muerte sin poder contar para Dios, que es para quien unicamente debieramos vivir, ni un instante de toda nuestra vida.

El segundo defecto, opuesto á aquel christiano valor de que hoy nos dá exemplo nuestro Santo Martyr, es la prudencia de la carne, que hace que aunque conozcamos la verdad, guardemos un culpable silencio, y no nos atrevamos á defenderla publicamente: no basta, pues, el no declararse por el mundo contra Jesu-Christo, y guardar entre los dos una especie de neutralidad, por decirlo así; es necesario tambien confesar publicamente á Jesu-Christo sin rodeos ni verguenza; el que no está con él es contra él, y no atreverse á declarar por discipulo suyo es ser su perseguidor y contrario; y en esto tambien nos instruye y condena el valor de San Esteban. ¡Qué vanos pretextos no hubiera podido idear para condescender con los Judios con un prudente silencio, sin

arguirles publicamente de su ceguedad y pecado! El pretexto de esperar una ocasion mas favorable , en la que la verdad pudiera hallar mejor entrada en su espiritu, la incertidumbre en que se hallaba de si sería oído , ó no, el no arrojar la preciosa margarita del Evangelio á los animales inmundos , el temor de excitar una persecucion contra la Iglesia , irritando el furor de los Judios ; una falsa modestia , persuadiendose á que habiendose reservado los Apostoles el ministerio de la divina palabra, era preciso dexarsele, y cuidar solamente de las viudas que le habian confiado , y de la distribucion de las limosnas ; el exemplo de los demás Diaconos nuevamente electos, que no salian de sus funciones, ni corrian á anunciar en el pueblo á Jesu-Christo ; pero nuestro generoso Martyr no atiende á las vanas razones de la carne y de la sangre; entregado al impulso del espiritu de Dios, de que estaba lleno , y que le animaba , explica á los Judios el espiritu y las figuras de la ley , y los manifiesta á Jesu-Christo ; en toda la historia de sus mayores los hace ver pronosticada su ceguedad en los Profetas; los reprehende su ingratitud, y el olvido de los beneficios con que siempre los habia estado favoreciendo el Señor , los declara que ya está llena la medida de sus delitos, y de los de sus padres ; con la sangre inocente que habian derramado , los hace presente la sangre de tantos Profetas con que está manchada su ciudad, y se vale de sus propias armas para impugnarlos y combatirlos.

Aqui, Católicos, hablo principalmente con las personas movidas de Dios : nos parece que estamos seguros en conciencia , quando siendo testigos todos los dias de tantas falsas máximas como publican los mundanos, y de tantas ilusiones acerca de las reglas y obligaciones como se forman á sí mismos , de tantos escándalos de los que ni aun forman escrupulo , nos parece , vuelvo á decir, que cumplimos con lo que Dios nos pide, con no aprobarlas publicamente, conteniendonos dentro de la moderacion de

de un cobarde silencio , sin oponerles mas que una censura secreta y tímida ; nos valemos de mil pretextos para justificarnos á nosotros mismos nuestra cobardia , como son , el miedo de hacer odiosa la verdad , haciendola demasiado incómoda ; la falsa persuasion de que no estamos encargados de las conciencias ajenas, y que no es de nuestra obligacion el instruir á nuestros próximos ; el temor de indisponernos con nuestros amigos por nuestras importunas censuras , ó de que se burlen de nosotros si queremos oponernos á sus máximas ; finalmente, todo nos justifica á nosotros mismos en la indiferencia con que miramos la verdad ; nos olvidamos de que cada uno de nosotros en particular está encargado de ella , que somos deudores de la verdad á nuestros próximos, que no vivimos en el mundo sino para impedir que el error prevalezca contra ella , y para conservar á la posteridad el idioma de la fé y de la doctrina ; que debemos resplandecer como Astros en medio de una nacion corrompida, y que el ocultar la luz es ser ingratos para con aquel Señor que la derrama sobre nosotros, y nos ilumina ; que la amistad solamente se funda en la verdad ; que no es amar á nuestros amigos el verlos perecer , sin atrevernos á manifestarles el precipicio á que se van á arrojar ; y que muchas veces es necesario tener valor para desagradarlos por serlos mas util. ¡ Ah Católicos! el mundo no teme publicar sus errores y máximas de muerte y de pecado , ¿y hemos de temer nosotros glorificar á las verdades de la vida eterna ? El mundo se precia locamente de su doctrina , ¿y nosotros nos hemos de avergonzar de la de Jesu-Christo ? El mundo se atreve todos los dias á impugnar el idioma de la fé , oponiendole sus ilusiones, ¿y hemos de temer nosotros el contradecir las ilusiones del mundo con el idioma de la fé y de la salvacion ? El mundo se levanta insolentemente contra el Evangelio , ¿y no nos hemos de atrever nosotros á defender el honor del Evangelio contra el mundo ? El mundo

trata públicamente á la Doctrina de Jesu-Christo de locura y flaqueza ; y hemos de guardar nosotros á sus locuras y errores un respeto que él niega á la verdad ? El mundo no perdona á la virtud de los siervos de Dios , la desprecia , y la hace asunto de todas sus burlas y censuras , ¿y la virtud de los siervos de Dios ha de perdonar á la corrupcion del mundo , y no se ha de atrever á cubrirla de la confusion que merece ? Nosotros nos gloriamos , y nos parece que estamos obligados á defender los intereses de nuestros amigos contra los que se oponen á ellos ; tendríamos por delito el callar , quando en nuestra presencia se habla mal de su reputacion y conducta ; el silencio nos parece entonces cobardía , y aún perfidia ; nos parece que no debemos respetar á los que ofenden en nuestra presencia á aquellas personas á quienes amamos , y hemos de ser insensibles á los intereses de Jesu-Christo , de quien nos tenemos por amigos y discipulos ? ¿Es posible que su gloria ultrajada todos los dias en nuestra presencia , no ha de mover nuestra indignacion y nuestro zelo ? ¿Hemos de juzgar que el silencio es una prudencia necesaria , quando se ofenden á su doctrina , y al honor de su santa ley ? ¿Hemos de temer desagradar á aquellos que no temen desagradarle ? ¡O Dios mio ! ¿Es compatible el que hayamos de ser vuestros , y el que nos hayamos de avergonzar al mismo tiempo de conocerlos ? ¡Se puede componer el amaros , con querer ser amados de aquellos que os aborrecen ! ¡No es juntarse con el mundo contra vos , el no atreverse á condenarle como vos le condenais !

Finalmente , Católicos , el tercer modo con que nos hacemos culpados contra la verdad es mitigandola , y acomodandola á las preocupaciones y pasiones de aquellos á quienes tememos desagradar ; y en esto es principalmente en lo que San Esteban nos confunde al mismo tiempo que nos sirve de modelo. Parece que hubiera podido usar de alguna mayor condescendencia con las

preo-

preocupaciones y delicadeza de los Pontífices y Sacerdotes : parece que se hubiera podido contentar , como Gamaliel , con representarlos que si la obra del Evangelio era obra de Dios , sería inútil el destruirla , y que si no lo era , ella se desvanecería por sí misma ; pudiera excusar en algun modo su delito para con Jesu-Christo , suponiendo que ellos no habian conocido ni la divinidad de su Mision , ni la verdad de su ministerio ; podia suavizar las reprehensiones que merecian por haber despreciado al Mesías prometido á sus padres ; podia ponderar los la santidad de la ley de Moysés , y alabar el zelo y el respeto que hacian ostentacion de tener á sus preceptos y ceremonias ; en una palabra , parece que al mismo tiempo que insinuaba la verdad , podia conceder alguna cosa á la flaqueza y preocupaciones de su pueblo ; pero el Santo Martyr no conocia estas tímidas condescendencias ; los llama sin detenerse , *corazones rebeldes , é incircuncisos* , (a) en vez de excusar su ignorancia los acusa de que siempre están resistiendo al Espíritu Santo ; en vez de lisonjearlos con el respeto que tenían á la ley de Moysés , se vale de este mismo motivo para confundirlos y condenarlos ; en vez de ponderar los beneficios con que el Señor habia favorecido á sus padres , los reprehende de que siguen sus pasos , y de que añaden á la sangre de los Profetas , en que habian manchado sus manos , la sangre del Justo que acababan de condenar á muerte ; algunas veces llega á tal extremo el odio que tienen los hombres á la verdad , que no merecen el que con ellos se use de atenciones ni respetos ; no porque la verdad pueda separarse de la caridad , como diré mas adelante ; no porque no se deban disponer los caminos á la luz con sabias precauciones , y facilitar la entrada en el corazon en donde se quiere introducir ; no porque la verdad sea áspera , imperiosa , y apetezca mas la vana obten-

(a) Act. 7. v. 51.

tentacion de la victoria, que el fruto sólido de la salvacion, y la gloria de la utilidad; no porque no debamos ser flacos con los flacos para salvarlos á todos, hacer amable la verdad para que sea mas util, ganar á los pecadores para sacarlos del pecado, condescender con su flaqueza para triunfar mas seguramente de sus pasiones, y no aplicar el hierro para curar las heridas hasta despues de haber adormecido, por decirlo así, con las palabras de paz y de consuelo, la carne del enfermo.

Pero no quisiera yo que se honrase con el nombre de prudencia aquella condescendencia culpable, que hace que en las conversaciones que tenemos con nuestros próximos, hallemos siempre arbitrios para conciliar al mundo con Jesu-Christo. Seguimos las falsas ideas que el mundo se forma de la virtud; con pretexto de reprehender los excesos, alabamos la utilidad y la pereza; concedemos al mundo y á sus costumbres mucho mas de lo que les concede el Evangelio; alabamos á los que viven retirados de la culpa, como si fueran perfectamente virtuosos; tributamos á las dotes de la naturaleza los elogios que solamente son debidos á los dones de la gracia; hallamos siempre, aún en aquellos vicios que condenamos en nuestros amigos, algunas circunstancias que los hacen dignos de excusa; nunca manifestamos la verdad con toda aquella extension que ella se nos manifiesta á nosotros; nos gobernamos por una falsa regla de caridad y prudencia, que es acomodarnos hasta cierto punto con las preocupaciones de aquellos con quienes tenemos precision de vivir; vivimos entre los hombres con un caudal de amor propio, que nos hace ingeniosos para conciliar los intereses de la verdad que aborrecen, con los de las pasiones que aman; nunca los hablamos con bastante claridad acerca de sus verdaderos intereses, y mezclamos la verdad, á la que no quisieramos hacer traycion, con mil artificios que la ocultan á la vista. De este modo somos ocasion de error para los hombres,

éstos dexan la verdad que nosotros abrazamos, y se detienen en el velo que se la oculta; y de esto proviene muchas veces, Católicos, que los mundanos viven con seguridad en sus distracciones, por hallarse favorecidos con los votos de los justos; por eso estamos oyendo todos los dias á los pecadores, que justifican la vida del mundo, oponiendonos muchos justos que no la condenan; por eso las falsas condescendencias de que algunos justos usan con el mundo, le sirven á éste de justificacion y defensa; triunfa de nuestra cobardia, insulta nuestro disimulo, sabe aprovecharse de las mas leves condescendencias que alcanza de nosotros; y así para escusarse condena á los justos, y se vale para reprehendernos de aquellos mismos medios que nosotros habiamos buscado para agradarle. ¡Gran Dios! ¿Es posible que se haya de poder comparar en nuestro corazon este mundo miserable con vuestra eterna verdad? ¿Es posible que todavia hayamos de procurar agradar á lo que miramos como tan digno de desprecio? y que al mismo tiempo que estamos desacreditando al mundo, ponderando su nada y su locura, conociendo tan claramente sus abusos y miseria, hablando tantas veces de sus ilusiones y quimeras, hayamos de usar con él de respetos, venerar sus máximas, desear su aprobacion, y guardar con él atenciones; y que despues de haberle abandonado, no hayamos de tener valor para condenarle y desagradarle?

TERCERA PARTE.

Bien sé, Católicos, que la fortaleza para defender la verdad debe estar llena de suavidad y agrado, porque la verdad gusta solamente de unos defensores caritativos y afables: Y esta debiera ser la ultima parte de este Sermon; pero quiero concluir. ¡Con qué amor tan sincero á los Judios acompaña San Esteban la fuerza de la verdad que los predica! Mas compadecido de su ceguedad, que de sus propios trabajos, levanta las manos al cielo

pidiendo por ellos; insensible, al parecer, á los golpes que descargaban sobre él, solamente siente las desgracias que se disponen á sí mismos; ofrece la misma sangre que derrama para alcanzar el perdón de su delito; la barbaridad de éstos desgarran su cuerpo, dando salida á los gemidos y súplicas de su corazón, con los que hubiera alcanzado que el Señor los mirase con misericordia, si su obstinación no hubiera llegado al último punto. No temia á la muerte, si esta pudiera servirlos de medio para alcanzar su salvación. Está viendo al hijo del hombre sentado á la diestra de su Padre, y solamente puede turbarse la santa alegría que le anima, y la esperanza de que inmediatamente ha de ir á gozar de él, con la reprobación de su pueblo, cuyo decreto parece está leyendo en aquella visión, gravado con caracteres inmortales en las columnas del Templo celestial. No pide venganza contra aquellos asesinos; no exclama, como Job: *Tierra no ocultes mi sangre*: y dexa que suba su voz hasta el trono del todo Poderoso, solicitando su venganza contra los Barbaros que la derraman: *Terra ne operias sanguinem meum.* (a) Y no pudiendo alcanzar la salvación del pueblo, que quiere perecer, alcanza á lo menos la conversión de Saulo, que era cómplice en el delito de su muerte. Su sangre derramada es como una santa semilla, de donde algún día ha de salir este nuevo Apostol: sus oraciones le disponen ya los auxilios, que de perseguidor le han de convertir después en vaso de elección, y en espectáculo digno de los Angeles y de los hombres; y si su zelo no pudo conseguir que la infiel Jerusalem conociese á Jesu-Christo, á lo menos su muerte forma un Ministro poderoso en obras y palabras, que algún día le ha de dar á conocer á toda la tierra.

Tales son, Católicos, los defensores que se forma la verdad; la caridad es la que los proporciona las victorias;

(a) Job. 16. v. 10.

es necesario desear la salvación de aquellos cuyos errores impugnamos. La verdad casi siempre halla corazones rebeldes, porque apenas halla defensores que no sean desagradables, y poco caritativos. Muchas veces en los consejos que damos á nuestros próximos, tenemos más deseo de mortificarlos que de instruirlos; muchas veces solamente nos desagradan sus defectos, porque ya nos son odiosas sus personas; muchas veces al mismo tiempo que defendemos la verdad, mas intentamos vencer nosotros, que el que ella vengza; muchas veces no buscamos realmente á la verdad, sino que seguimos nuestro genio; muchas veces, con pretexto de vengar sus intereses, no nos pesa de vengar los nuestros propios; muchas veces, quando reprehendemos á nuestros próximos, mas queremos triunfar con sus faltas, que levantarlos caritativamente de sus caídas; muchas veces nos da más contento el ver sus extravíos, que el que recibiríamos de verlos dóciles á la verdad, cuyos intereses parece que defendemos; muchas veces nos alegramos interiormente de su ceguera, al mismo tiempo que estamos dando muestras de no omitir diligencia alguna para atraerlos al conocimiento de la luz; muchas veces el ver en ellos vicios, es porque tenemos envidia á sus virtudes; finalmente, no hay cosa más rara que el juntar á la verdad con la caridad: Y de esto proviene, Católicos, que los que están sujetos á nosotros, regularmente miran nuestras instrucciones como censuras; que los hijos, los inferiores, los criados miran nuestras correcciones como genio que altera, y no como caridad que edifica; nos miran más como implacables censores de sus flaquezas, que como caritativos Médicos de sus llagas; y perdemos para con ellos las utilidades de la verdad por los defectos que mezclamos en su defensa. De esto proviene que los justos hallen en el mundo más censores que los condenen, que imitadores que los sigan: porque muchas veces se ciñen á desacreditar los vicios de sus próximos, y manifes-

tan-

tando mucho zelo contra sus defectos, no manifiestan bastante compasion de sus flaquezas; con el pretexto de no perdonar al vicio, no perdonan tampoco al pecador; en sus reprehensiones muchas veces parece que mas intentan alabar sus virtudes propias, que compadecerse de los desordenes que reprehenden; y haciendo odiosa la virtud á los pecadores, hacen que la verdad parezca estar vestida de todos los defectos que solamente son propios de ellos mismos.

De esto proviene, finalmente, que nuestras reconciliaciones con nuestros enemigos casi nunca son sinceras, porque no es la caridad quien las forma. Nos tratamos, pero no nos amamos; se restablece la correspondencia, pero los sentimientos siempre son los mismos; se juntan las personas, pero los corazones siempre permanecen separados; son distintas las exterioridades, pero el interior siempre es el mismo; el aborrecimiento se viste de las apariencias de la caridad; se contiene, pero no se apaga; nos tributamos mutuos respetos, pero no el amor, sin el que todo lo demas nada vale; añadimos al delito del rencor el del disfraz y la impostura; y muchas veces, aunque tenemos de nuestra parte la razon y la verdad, no por eso somos menos culpados en la presencia de Dios, porque no tenemos la caridad que todo lo sufre, y de la que siempre somos deudores á nuestros próximos.

Estas son las instrucciones que hoy nos dá el generoso Martyr cuya solemnidad nos junta en este santo lugar: la verdad halló en él un defensor ilustrado, un defensor intrépido, y un defensor caritativo y afable. ¡Que consuelo para vosotros, Católicos, es hallar todas estas prendas en el Pastor fiel que el Señor os ha suscitado en su misericordia! esto es, hallar un Doctór sabio que os instruya, un ministro recto que os corrija, y un padre amoroso que os socorra y consuele en vuestro trabajos, y os facilite á todos los caminos de la vida eterna. *Amea.*

SER-

SERMÓN

PARA EL DIA DE SANTO TOMÁS

DE AQUINO.

Paravit cor suum ut investigaret legem Domini, & faceret, & doceret in Israel præceptum, & juaicium.

Dispuso su corazon para indagar la ley del Señor; practicó, y enseñó en Israel sus preceptos, y sus ordenes.

Este es el elogio que de Esdras hace el Espiritu Santo en el capitulo septimo del libro primero de su historia.

NO hay cosa de mas consuelo, Católicos, que el registrar con los ojos de la fé los caminos de la providencia en el gobierno de la Iglesia. ¿A cuántos arbitrios no ha recurrido su bondad, para impedir el que las puertas del infierno no prevalezcan contra esta santa Ciudad, situada desde el nacimiento de los siglos sobre el monte, y tan bien fortificada, que nunca podrá arruinarse, no obstante todos los esfuerzos de los hijos de Babilonia?

La fé tuvo necesidad en sus principios de unas señales sensibles y poderosas para triunfar de la incredulidad: ¡Qué hombres aquellos hombres Apostólicos! Parece que exceden en prodigios á su Divino Maestro; hasta su sombra es poderosa. Perseguida la fé por los Emperadores, á quienes animaba contra ella un falso zelo del Paganismo, necesitó de valor y constancia para resistir al furor de las persecuciones; ¡pero qué heroes no se formó la gracia en aquellos siglos de sangre y fuego! ¡Qué valor y constancia no se vió en la edad mas tierna, y en el sexó

Tom. VII.

Ee

mas